



# Entre enaguas y calzones

Marcela Blanco Henao

Licenciada en Filosofía, Docente de Lectura Crítica, marcelablancah@gmail.com

Mi tía Gabriela, debo decirlo, es una de esas señoras altivas, de aspiraciones propias de una clase media alta, que nunca hubiera ni considerado dirigirme la palabra, si no fuera porque le toqué en suerte en el papel de su sobrina.

Cuando yo era niña me miraba como si yo fuera un garabato. Agitaba los deditos de las manos en señal de ansiedad. Nervios de señora —digo yo— y se dirigía a mí con una mano atrás reposando sobre las caderas elevadas y la otra mano colgándole al vaivén del caminado. Siempre de vestidos señoriales, debajo las enaguas y a ras del delicado bordadito de esa prenda sofocante, de recato godo, unas medias veladas del color de la canela en polvo, le subían hasta las rodillas.

Remataban la imagen sus tacones. ¿Cómo más vendría presentada su idea de lo femenino? A mis cinco años, los miraba desde el suelo donde me gustaba armar rompecabezas. Iguales en color y distinta la horma, fenómeno que capturaba toda mi atención, sus tacones eran moderados en altura y deformes siempre a lado y lado de la punta; tanto que era menester quedarse analizando cómo hizo el cuero del zapato para adaptarse así a protuberancia semejante. Siempre pensé que los juanetes eran algo que venía con el hecho de ser una señora. Me aterraba imaginarme el primer día que empezaran mis deditos a subirse uno encima de otro, pero me calmaba ver la dignidad tan pulcra de mi tía. Ni siquiera los juanetes le hacían perder la compostura. Yo sí.

Las distancias insondables no las curó nunca otra cosa que el amor. Así que esta historia viene escrita en nombre de su amor, con lo poco que recuerdo y lo mucho que ignoré; por ignorante.

A mis siete años, desde el piso de baldosas frías cómplices del Lego y las canicas, su idea de lo femenino se me iba definiendo. Era una hilada mezcla, en ella, de nostalgia por los finos modales de la era victoriana, el *glamour* de los años 50 y la presencia constante de hábitos de buena vida. Femenina era la casa y aún sigue vivo ese aire de un hogar sin hombres, lleno repleto de cositerías; limpio, dispuesto para recibir visitas y atenderlas bien. Que los invitados sientan el cuidado de la anfitriona es la clave. Y que Gabriela en su papel feliz de convidante se sienta orgullosa, ha sido desde siempre la intención tras bambalinas.

—¡Qué belleza, Gabriela, por Dios! Ese cuadro, esas matas, ¡ese pajarito!

Y las admiraciones le cambiaban y le cambian todavía esa carita que tiene de susto por la realidad.

Ignorante yo, quien por juzgar sus obsesiones dadivosas como “pura histeria”, por años me perdí de contemplar el gusto en la belleza oculta y la suavidad en flor, el árbol de cerezo que es ella misma.

Volvamos a la casa de la tía, seno de mi vida: es grande, decorada al son del lago de los cisnes, cuadros y esculturas de tutús y bailarinas de *ballet*. Infaltables los cofres, cofrecitos y portarretratos. Infaltables los patios de cristal sobre las mesas; pinturas de peces, flores casi escandalosas y más cuadros de casitas campesinas o paisajes soberanos como soberana la María Auxiliadora que conserva Gabi en la repisa de su cuarto. Cinco o seis Renoir alegrando las estancias, bifloras siempre vivas, albahaca y rosas amarillas en el patio grande de atrás. Femenina Gabi en su atención a los detalles. Los collares y el anillo



Laura Henao @\_\_nube

finamente le combinan con el vestidito que se tarda una mañana entera en elegir. Los labios y mejillas cuidadosamente rojos contrastando el albayalde de su frente pequeñita. Su idea de lo femenino era todo lo que no era yo. Y hay que ver cuánto ha podido eso atormentar a Gabrielita.

Indispuesta y preocupada, con esa voz gangosa efecto de la timidez, al final de las palabras un tono menos indecisa, se abalanza y me pregunta:

—¡Ve! ¿A vos no te gustan las muñecas y las faldas como a toda niñita normal? Yo te compro esos patines si estás tan antojada, pero que sepás que yo me suueeeño, —y aquí la cara se cimbreaba hacia arriba— verte un día de faldita y bien sentada.

Ahí aprendí a hacer negocios turbios. Le dije que yo me ponía ese vestido rojo que colgaba como serpentina inútil de un perchero, si ella me compraba el rompecabezas de 500 fichas y el balón de voleibol. Me ajustó la pinta con unas chancitas blancas y me corrigió porque “no se dice chancas, sino sandalias”, sandalias, para niñas bien.

“Titina” era la palabra que empleaba a fin de halagarme cuando me lograba vestir de muñequita.

—¡Cómo fuera que así fueras siempre!

Yo lo imaginaba y me ponía pálida, me daba un sobresalto y era solo sentir eso para que empezara el estómago revuelto; malestar que ella atribuía al mango biche mal lavado nadando en un exceso de limón y sal.

Me dejó salir a la calle luego de un rosario de advertencias y yo aparecí ante mis amigos como *postrecito* e *tía*. Hay que ver que tuvo la osadía de ponerme un moño rosadito en la cabeza. Esa tarde tuve que correr descalza por la calle y las aceras porque las sandalias me hacían perder el equilibrio y la agilidad. La madre de unos amiguitos se quejó en tono desacreditador y solapado de que “les estuve mostrando los calzones a todos los vecinos” cada vez que me montaba en un murito o me colgaba de una reja.

No podía jugar tranquila. Yo por eso nunca comprendí la tal virtud de las falditas.

Siendo una adolescente, la cosa, como era de esperarse, se agravó. A los 17, pasadas las

penurias como trago amargo a fondo blanco llegué a mi casa directo del colegio con una carta redactada a mano por la hermana rectora. Una monja densa a la que le decían Moby Dick; y a mí me daba rabia que a ella le dijeran así: era como un insulto a la ballena. Cosa imperdonable.

La carta iba dirigida a mi tía Gabriela Henao, una de mis madres sustitutas, cabeza de un hogar disfuncional.

#### Respetada Señora:

**“No es de nuestro agrado comunicarle que por quinta vez del año en curso, la alumna Adriana Marcela incurrió en faltas al manual de convivencia, burlando nuevamente nuestra autoridad. Esta vez, no ha llevado a cabo el liderazgo de revueltas pero ha hecho uso de un cinismo descortés que no refleja nuestra educación en valores ni nuestro perfil.”**

Tenía la carta un apartado mal escrito por desconocimiento gramatical y algunos problemas de coherencia que me ensordecían la lectura y se lo dije a la monja:

—Mala redacción, Hermana Adiel, mire esto. Es mejor que la repita, no vaya y sea que en mi casa se den cuenta de su mala educación y decidan retirarme del colegio. Perdería usted un cliente, y mi tía, la comprada de los uniformes.

Repitió la carta con una dignidad que le enconó la fe. Yo ayudé en la redacción y le expliqué también que eso sí era verdadero ejemplo de cinismo.

Mi tía se dejó venir:

—¡Ve!, ¿Vos no te podés quedar callada?, ¿qué ganás aparte de problemas? ¡Y no me contestés!

De repente, Gabi se enfureció tanto que ya no me trataba de vos sino de usted.

Yo tenía más abiertos los ojos que la boca, pero aun así, me silenció antes de permitirme emitir algún despacho de ocurrencias:

—Definitivamente, pues, usted sí cree que puede ir haciendo siempre ¡lo que se le da la gana!

—Ya quisiera— pensaba yo soñando con volar, dirigir cine, tener una cabaña rodeada de pinos y acostarme con Miguel Bosé.

Entonces se giró para alejarse, como es su peculiar costumbre, que mientras se aleja va dejando un eco de su cantinela:

—¿Y entonces qué tenemos?, ¿un muchachito sin bozo?, ¿cuándo será, pues, que te volvés más femenina?

Y yo me imaginaba a mí misma como muchachito sin bozo y me sentía confundida. Cuando está enojada, ella sale tongoneando hacia su cuarto, como el cisne nada hacia la flor de loto.

Siempre ha tenido un par de cacheticos rojos asomados como los balcones de las casas de los pueblos. Y el detalle arrasador: tiene ojos grises. Se lo digo y no me cree, pero es cierto y nunca he visto similar belleza. Sea en medio de los estribillos paisas que le desahogan o admirando los floreros que por horas acicala para engalanar la casa, sus ojitos de señora a sus 94 años tienen alma de océano virgen cuando miran desde lo profundo.

Es una dama. Una excepcional mujer extraña. Tiembla casi incapaz de la confianza y pasa por amarga a la primera impresión. Se asusta si le hablan, se asusta si la miran a los ojos, pero tiene toda la serenidad y gracia para apoltronarse en cualquier banca de la calle a cargar bebés desconocidos. Mi tía Gabi y los bebés se entienden.

Yo, que nunca supe cómo ser damita y señorita, crecí con el ejemplo diáfano de que lo femenino estaba en el cuidado y la belleza, así fuera solamente la belleza de las flores y no la del deleite intelectual. Lo bello que mi tía ve en las flores es precisamente lo que los intelectuales no guardan en sus ojos.

Al final de mis 20 años, a la par de mi carrera de Filosofía, comencé a inclinarme y estudiar un seminario de Medicina Tradicional China, y Gabi vio con ojos de sorpresa intraducible que yo empezaba a hacer meditación y cosas raras con agujas sobre el cuerpo y tabacos de dudosa procedencia, entonces asoció mi nuevo estilo de vivir con lo más cercano conocido: *Hare Hare, Hare Krishna*.

Habituada ya a toparse con lo extraño, había relajado su noción de la rareza. Sin embargo, a veces le llegaba el ánimo de la palabra buscando alguna lucecita que le diera explicación sobre mis decisiones: se llenó de valentía y me preguntó ahí, sentadas ambas a la mesa:

—¡Ve! ¿Vos sos de los *Merry Christmas*?

A mis 30 años, el amor por ella cobró un aire de respeto y desde mis 37 son admiración, cuidado y amor puro, la sustancia del vínculo.

Recostada en la antigua mecedora, recibiendo el solecito que le quita el frío de sus brazos, me ha hecho inolvidable el repertorio de preguntas y de indignaciones. Una interpelación de años, ahogada en cierta angustia mutua, ahora ya la siento como un acto de amor suyo en forma de reclamo por la pulcritud. Esa virtud de los años 50 y de la cual Gabriela es cuerpo.

¿Cómo más se puede poner pies sobre la tierra?

No supimos cuándo se acabaron para ambas los días de desasosiego esperando cambiar en la otra, y por la fuerza, lo que tan bien hecho venía al natural.

¿Será por eso que hay días en que me dan ganas de ponerme un vestidito rojo para verla sonreír? ■



Karen Lamassonne @karenlamassonne  
Confesión, 1991 - 102 x 76 cm - técnica mixta sobre lienzo